

¡Qué buen trabajo!

Gente ociosa y malentretenida. Trabajo y pereza en Santafé de Bogotá, siglo XVIII

PILAR LÓPEZ-BEJARANO

Universidad de los Andes, Bogotá, 2019, 322 pp.

EL TRABAJO, una actividad humana esencial, es un asunto de reflexión en nuestros días, máxime cuando existen autores y autoras que afirman que estamos asistiendo al “fin del trabajo” (Jeremy Rifkin), a un “valor en vías de desaparición” (Dominique Méda), al surgimiento de un “capitalismo sin trabajadores” (Ulrich Beck), o la postura de diversos autores culturalistas según los cuales la “sociedad de productores (trabajadores) está siendo sustituida por una sociedad de consumidores”. Aunque algunas de estas discutibles posiciones son asumidas de paso por Pilar López-Bejarano en el libro que reseñamos, cuando se refiere al mundo contemporáneo, afortunadamente poco de ellas se encuentra en el estudio histórico-antropológico que realiza.

A partir de una postura teórica claramente definida, la de Norbert Elias, y nutriéndose de importantes contribuciones teóricas sobre el trabajo, y con un gran soporte documental, la autora escribe un interesante libro en el que se indaga sobre el trabajo y los trabajadores en un espacio concreto, Bogotá, en un momento preciso de su devenir histórico, el siglo XVIII. La autora, habiendo leído con juicio la literatura secundaria básica y con una importante consulta de fuentes primarias, efectúa una convincente reconstrucción del binomio complementario trabajo-pereza en el período mencionado. Aunque es una investigación rigurosa y sistemática, su estilo literario es ameno y de fácil comprensión para un lector promedio; no recurre al lenguaje farragoso y acartonado que tanto abunda en el terreno de las ciencias sociales. Además, y esa es otra característica digna de mencionarse, es un libro de autora y no una compilación de textos diversos de varios autores, una práctica cuestionable que se ha impuesto en nuestro medio universitario.

El libro está dividido en tres partes, con un total de nueve capítulos. Debido a su extensión es imposible hacer una reseña sistemática de todo su contenido, por lo que nos concentramos en la parte central, referida a Bogotá.

En la primera parte se traza un panorama general del proceso de dominación colonial y de las ideas sobre trabajo y pereza que se fueron gestando en Europa desde antes de la conquista de América. Este marco es indispensable para entender lo que se va a ventilar en Bogotá en el siglo XVIII, porque los acontecimientos que allí se desenvuelven no pueden entenderse al margen del impacto del dominio colonial. En esta parte del libro se destaca el análisis de las continuidades en el ámbito laboral: prevalencia de los servicios personales y de un trabajo obligatorio, en el cual las mujeres juegan un papel central. Esas continuidades, referidas a la esclavitud, la encomienda y la mita, se manifiestan en Bogotá, por cuanto en ese espacio se reproduce la lógica del trabajo obligatorio, sobre todo para asegurar la labor de indios e indias en todo tipo de servicios. Pero también existen discontinuidades, ya que emergen otras formas de trabajo que rompen con el servicio obligatorio, como el de diversos tipos de artesanos, predominantemente mestizos.

La concepción de “pereza”, traída de Europa, justifica a los ojos de quienes no trabajan (los conquistadores y sus herederos) un régimen obligatorio para someter a indios y negros, acusados de ser vagos y perezosos. Este imaginario es anterior al siglo XVIII, pero se actualiza en ese momento en concordancia con la ampliación de la esfera laboral, y por eso ya no se habla exclusivamente del indio vago, sino de chusma, plebe, de las castas inferiores de “todos los colores” que no se acoplan a las exigencias de control y disciplinamiento social requeridas por la sociedad urbana que se va expandiendo e incluye una amplia diversidad de sujetos sociales que moran y deambulan en Bogotá.

La segunda parte del libro se ocupa de estudiar a Bogotá, una pequeña aldea que en 1775 albergaba 16.000 personas y estaba dividida en ocho barrios. En términos laborales, allí convivían comerciantes, artesanos,

criadas, sastres, albañiles, zapateros, costureras y un gran sector en formación que se desenvolvía en diversas actividades, sin un oficio particular ni una posición laboral fija y permanente. Se presenta una superposición del trabajo y la caracterización racial, y todavía la ciudad es surtida con gran cantidad de indios suministrados por los “pueblos de indios” cercanos, que se renuevan cada dos meses. Existía un porcentaje mínimo de esclavos y un sector en expansión, que puede catalogarse como de labores de los mestizos, que se desempeñaban como artesanos. Lo que la autora denomina “trabajo mestizo” (p. 123) no es homogéneo ni permanente. Y por eso mismo, no se desarrollan formas de sociabilidad ligadas al trabajo, sino que se construyen redes personales o familiares, vinculadas al vecindario, al parentesco o al sistema de castas.

En el trabajo en Santafé de Bogotá se imponía, como en todos los dominios coloniales de España, una jerarquía racializada, basada en la “nobleza del color”: entre más blanco se era más prestigio se alcanzaba y existían más posibilidades de librarse del trabajo, lo que no era común entre indios, negros y mestizos. Existía una relación directa entre el color y el tipo de trabajo, puesto que era inconcebible que un “blanco puro” perdiera su tiempo trabajando, labor desprestigiada que debían realizar aquellos considerados como vagos, perezosos y malentretenidos.

Hay un capítulo destacado en esta parte, y en todo el libro, con el título “Ritmos de vida” (pp. 161-191), muy interesante para compararlo con la situación actual, en lo referido al manejo del tiempo. Mientras hoy, y eso lo ha afianzado la covid-19, se han roto las diferencias entre el tiempo de trabajo y el tiempo de la vida, así como entre los espacios dedicados al trabajo y a la vida cotidiana, en el mundo santafereño de siglos anteriores eso era inconcebible. La separación entre el tiempo de trabajo y el resto del tiempo de los hombres y mujeres era neta, como se demuestra con el peso del tiempo religioso, dedicado a ir a misa, lo que comúnmente se hacía dos veces al día, en las primeras horas de la mañana, antes de comenzar la jornada de trabajo, y al declinar el día, como

RESEÑAS		HISTORIA
<p>cierre de esa jornada laboral. Así, En Santafé, la misa y la fiesta regulaban la vida cotidiana, eran expresiones inclusivas y consensuales del devenir urbano, instancias mayores que ocupaban considerablemente los ritmos de vida de los trabajadores, aquellos que se pretendía que emplearan su tiempo en un trabajo asiduo y constante. (p. 161)</p> <p>Esto implicaba que en el espacio físico de la ciudad predominaran las iglesias y conventos, los curas y frailes, ya que uno de cada 18 habitantes era eclesiástico. Así mismo, en el calendario festivo, amplio y extenso, prevalecían las celebraciones religiosas. En ese momento se forjó la imagen de Bogotá como una ciudad gris y monástica, que primará hasta la década de 1960. La autora nos informa que existían unas 160 fiestas al año, días en los que no se trabajaba, y ello se debía más al hecho de que una fiesta determinada requería días anteriores y posteriores de recogimiento y preparación. En esas condiciones, en la vida cotidiana se impuso la norma de no trabajar o trabajar poco como signo de distinción social que daba alcurnia, mientras que “trabajar todo el día era un asunto de indios, negros y mestizos, según la ‘jerarquía de color’ ” (p. 176). En los intersticios de esta realidad se fue consolidando la idea de la vagancia y la pereza, atribuidas no a las élites dominantes sino a los indios, negros y mestizos, para los cuales el trabajo se empezó a ver como un deber y una obligación, porque, al fin y al cabo, en la sociedad alguien tiene que trabajar y producir, pues de no ser así la sociedad se derrumbaría, y los sectores dominantes dejarían de existir.</p> <p>En el tiempo de la vida de los sectores subalternos (negros, indios, mestizos, artesanos) se destacaban las chicherías, que eran “centros de cohabitación, de trabajo, de diversión y de encuentro social” (p. 182). Estos centros de sociabilidad de esos subalternos empezaron, por eso mismo, a ser considerados como antros de perdición, de malas costumbres, de encuentro de vagos, ociosos, de zonas de prostitución. Era esa la visión despectiva de las élites y de las autoridades, pero en verdad eran “centros</p>	<p>de construcción de identidad social y cultural”, como las denominó el desaparecido historiador Julián Vargas Lesmes. Las chicherías cumplían el papel de hoteles, ya que eran albergues que acogían a la población que iba y venía de la ciudad, así como a los indios y campesinos que llegaban en los días de mercado. Las chicherías fueron [...] canal de acceso a la ciudad, lugar de recepción e integración, tanto para los indios, como para las personas del mundo rural inmediato. En estos lugares se reunían los paisanos y se ofrecía refugio, se accedía a información, conexiones y entretenimiento. A través de ellas se tejió la vida urbana popular. (p. 188)</p> <p>Esta segunda parte es la más interesante y novedosa del libro, luego de la cual se llega a la última parte que, aunque bien lograda, resulta un poco menos atractiva. Se ocupa del impacto que tuvieron las reformas borbónicas de finales del siglo XVIII sobre la vida urbana en Santafé, y más concretamente en lo referido al trabajo y los trabajadores. El impacto de esas reformas se manifiesta en la emergencia de nuevas formas de control y disciplinamiento de la población, en concordancia con el miedo que habían generado en el poder colonial las rebeliones e insurrecciones de la década de 1780 en diversos lugares del dominio hispánico. En ese contexto, se amplió la noción de vagancia para incluir lo que la terminología burocrática empezó a denominar “gentes sin destino”, entre las cuales se encontraban todos aquellos que no tenían una actividad definida y se dedicaban al juego y al consumo de chicha, es decir, los mal-entretidos. Se impuso un régimen de castigo, que incluía la milicia y los trabajos forzados, aplicado según el color del sospechoso, como expresión de la estructura racial de las castas. Pero, y ese es un cambio notable que necesitará décadas para consolidarse, la noción de vagancia calificaba no tanto a las personas sino ciertas actitudes y comportamientos, lo que estaba señalando el tránsito lento de una población de tributarios a otra de trabajadores, la cual se lograría a finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX.</p>	<p>En conclusión, nos encontramos ante una excelente investigación, seria, meticulosa, que con rigor presenta un panorama del trabajo y los trabajadores en la Bogotá del siglo XVIII y que, como la buena historiografía, nos permite comprender una época, pero también proyectar algunos de sus análisis hasta nuestro presente.</p> <p style="text-align: right;">Renán Vega Cantor Profesor Universidad Pedagógica Nacional</p>